

www.elboomeran.com

Mithu M. Sanyal

Vulva

La revelación del sexo invisible

Traducción de Patricio Pron



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:

Vulva

© Verlag Klaus Wagenbach
Berlín, 2009

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

Ilustración: foto © Georg Bochem

Primera edición: febrero 2012

© De la traducción, Patricio Pron, 2012

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2012

Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-6339-0

Depósito Legal: B. 64-2012

Printed in Spain

Reinbook Imprès, sl, Múrcia, 36
08830 Sant Boi de Llobregat

INTRODUCCIÓN

Ésta es una pequeña historia cultural de Occidente a través de la representación del genital femenino en la vida cotidiana, el folclore, la medicina, la mitología, la literatura y el arte. Sin embargo, esto puede parecer desconcertante a simple vista. ¿No basta ya con que existan historias culturales del beso o de la tetera? ¿Qué conocimiento puede obtenerse de la vulva? A objeciones de este tipo puede responderse que todo el mundo es libre de tener su propio concepto del beso o de la tetera, pero casi nadie negaría que estos fenómenos existen, a diferencia de lo que sucede con el genital femenino. Así, la estrella del psicoanálisis francés Jacques Lacan escribe:

En sentido estricto diremos pues que no existe ninguna simbolización del sexo de la mujer como tal. En cualquier caso, la simbolización no es la misma, no tiene el mismo origen ni la misma forma de acceso que la simbolización del sexo del hombre. Y esto es porque el imaginario sólo provee una ausencia allí donde en otros casos hay un símbolo muy destacado.¹

O dicho en una sola frase: si no tienes pene no tienes órgano sexual «verdadero». Una afirmación que de tan evidentemente falsa tendría cierta gracia absurda si con ella Lacan no se situara en la línea de los pensadores más importantes de Occidente. Según Aristóteles, sólo el hombre disponía de suficiente energía para desarrollar partes sexuales completas. Galeno veía el genital femenino como un genital masculino invertido. Y la postura de Sigmund Freud puede ser expresada con la siguiente fórmula: se coge un ser humano —es decir, un hombre—, se le quita el pene y así se obtiene una mujer. También teóricos más recientes como Jean Baudrillard y Roland Barthes explican que cuando las mujeres se desnudan en público, por ejemplo durante un *striptease*, éstas no podrían descubrir su sexo sino sola y únicamente su carencia de él, es decir, dar voz a la ausencia de falo. La vulva es descrita como agujero, espacio en blanco o nada. En el mejor de los casos, como un pene insuficiente.

Dependiendo de su carácter, cada mujer puede encontrar esto gracioso o desagradable, pero ¿cuál es el significado de la negación de un hecho biológico como la vulva para la percepción de cuerpos bien concretos? A través de una serie de ensayos que llevé a cabo en diferentes grupos de científicas constaté que todas podían dibujar penes pero ninguna podía representar gráficamente una vulva reconocible. Me sentí fascinada. ¿Por qué mujeres muy formadas podían reproducir genitales masculinos sin problemas al tiempo que sus propios genitales les resultaban tan extraños y misteriosos que ni siquiera podían dibujarlos rudimentariamente? Al pensar en ello, advertí que, con la salvedad de las ilustraciones médicas, tanto ellas como yo sólo podíamos ver imágenes de la vulva como productos de las industrias del porno y de la higiene. Así que decidí



Charles Eisen, grabado en cobre para una fábula de Jean de La Fontaine

ponerme a la búsqueda del lugar simbólico que ocupa la vulva en nuestra cultura.

En primer lugar llamó mi atención la espectacular contradicción de que, por una parte, el sexo femenino no existe o por lo menos es insignificante e invisible, mientras que, al mismo tiempo, aparece como «agujero negro» y «abismo abierto», como «puerta al infierno, fuente de todas las discordias y problemas en el mundo y posible ruina del hombre».² Su ilustración más persistente es la de la vagina armada con dientes afilados y cubiertos de sangre que aparece con tanta frecuencia en mitos y leyendas y que incluso tiene un nombre propio: *vagina dentata*. Allí donde la *vagina dentata* aparece, amenaza al pene con convertirlo, arrancándolo de un mordisco, en aquello a lo que la mirada fálica ha degradado a la vulva, esto es, una ausen-

cia, un agujero, un espacio en blanco. ¿Cómo puede representar un peligro así algo que supuestamente no existe? Nos encontramos aquí con lo que yo llamo un «parpadeo cultural»: cuando dos conceptos están en una situación contradictoria –como colores que se encuentran en los extremos opuestos del espectro– producen una irritación permanente tan pronto como entran en contacto. Se trata siempre de fenómenos profundamente interesantes que indican que detrás se ocultan otros estratos.

Así, en la mayor parte de las mitologías pueden encontrarse historias en las que la humanidad ha sido salvada al menos una vez por la exhibición de la vulva. Existía la creencia arraigada de que las mujeres podían resucitar a los muertos, e incluso vencer al diablo, subiéndose las faldas. El genital femenino era un lugar sagrado y curativo. La vulva no fue ignorada, sino difamada primero con enorme esfuerzo y a continuación negada hasta provocar la opinión errada y absurda de que no valía la pena hablar de ella.

Afortunadamente nada puede ser reprimido por completo; de hecho, a lo largo de mis investigaciones descubrí repentinamente referencias al órgano sexual femenino primario por todas partes en la literatura y el arte de Occidente, es decir, en aquellos medios con los que nuestra cultura se representa y se explica a sí misma. No obstante, estas referencias estaban desfiguradas y eran apenas legibles puesto que lo que no puede ser comprendido tampoco puede ser representado ni, sobre todo, transformado.

Y precisamente de eso trata este libro. Es el intento de reconstruir la significación cultural del genital femenino y de hacer visibles los esfuerzos que hubo que realizar para reprimir la vulva, ya que en su re/presentación se ponía de manifiesto la lucha por el poder del que emanaba la auto-

ridad para nombrar el cuerpo femenino, siendo en este caso el cuerpo una metonimia de aquello que definimos como «femenino». Es importante hacer esta distinción puesto que, finalmente, éste es el estudio de un ámbito cultural conflictivo y no una nueva equiparación de los conceptos «mujer» y «cuerpo». Por encima de todo pretendo reconocer las reacciones que a lo largo de los siglos han hecho visible en palabra e imagen al «sexo invisible», ya que, como escribió el escritor nativo americano ganador del Premio Pulitzer Natachee Scott Momaday: «Somos nuestras representaciones. [...] Nuestra misma existencia consiste en las imágenes que nos hacemos de nosotros mismos [...]. Lo peor que puede sucedernos es que no haya representaciones de nosotros.»³

«SHAMING AND NAMING»

La expresión anglófona «*naming and shaming*» puede ser traducida como «exposición pública». Por lo general va acompañada por una tercera palabra de sonido similar: «*blaming*», o sea, «echar la culpa» o «culpar». En la actualidad el gobierno británico utiliza ampliamente la estrategia del *naming and shaming* colocando en la prensa, en páginas web y en troncos de árboles imágenes de presuntos criminales o criminales probados, aunque con ello no despierta en absoluto la solidaridad vecinal sino más bien una violencia explosiva contra los «humillados» y contra aquellos que tienen la mala fortuna de parecerseles mucho. Lo mismo sucedió a gran escala con la vulva, sólo que sus imágenes no fueron ampliamente difundidas, sino que su exposición pública fue acompañada por una ocultación y una denominación errónea: «*shaming and re-naming*».

La periodista Gloria Steinem recuerda:

Soy de la generación del «allí abajo». «Allí abajo», ésas eran las palabras –pronunciadas raras veces y en voz baja– con las que las mujeres en mi familia llamaban a todos los órganos sexuales femeninos, tanto internos

como externos. [...] [Yo] no había escuchado ninguna otra denominación adecuada, por no hablar de palabras que expresaran orgullo de esas partes. [...] Así que, al aprender a hablar o escribir o al aprender higiene, me fueron enseñados los nombres correctos de cada una de nuestras maravillosas partes del cuerpo con la excepción de aquellas situadas en la zona impronunciada. Esto me dejó indefensa ante las expresiones ofensivas y los chistes sucios en el patio del colegio y, años después, contra la creencia extendida de que los hombres, ya fuera como médicos o como amantes, sabían más del cuerpo femenino que las mujeres mismas.⁴

Gloria Steinem creció en las décadas de 1930 y 1940 en Ohio. Sus experiencias se diferencian visiblemente de aquellas de las jóvenes nacidas más tarde, situación a la que ella contribuyó considerablemente como figura central del movimiento feminista y cofundadora de la revista feminista *Ms*, cuyo título hacía referencia a la, por entonces, revolucionaria forma de llamarse a sí mismas de aquellas mujeres que ya no deseaban permitir ser tratadas como «Miss/señorita» o como «Mrs/señora». Pese a ello, en marzo de 2006 apareció en Alemania, país que al parecer es mucho menos pudibundo que los Estados Unidos, un libro con el título nada irónico de *Ich nenne es «Da unten». Frauen erzählen über ihre Vagina, die Lust und den Sex* [La llamo «allí abajo»: las mujeres hablan sobre su vagina, el deseo y el sexo].⁵ También la revista femenina *Woman* llamaba al genital femenino en su entrega de marzo de 2006 «nuestra laguna de conocimiento»⁶ y seguía, jovialmente: «Nos hemos informado de cosas como las denominaciones, la función y el cuidado. ¡Y ahora, por favor, dejemos de cruzar avergonzadas las piernas!»⁷ Entre las definiciones

presentadas por *Woman* aparecía en el primer puesto «allí abajo», seguida de cerca por «entre las piernas». Lo único a medias original que ofrecían las periodistas que habían confeccionado el artículo era la explicación de por qué rechazaban la expresión «vulva»: les recordaba una marca sueca de coches.

Si el uso de la palabra «vulva» ya es difícil, el de «*cunt*» —o «*Fotze*» en alemán y «coño» en español peninsular— es absolutamente despreciado, como la autora Inga Muscio debió comprobar cuando, al querer teclear al final de uno de sus artículos la cantidad total de palabras, olvidó la «o» en la palabra «*count*»:

Observé las dos palabras una junto a la otra y descubrí que «*word cunt*», o sea «coño de palabras», sería un título excepcional para una autora. El puñado de personas que llegó a ver mi manuscrito reaccionó horrorizado y preguntó por qué había colocado precisamente esas dos palabras al final de mi artículo. Después de explicar mis motivos a editores, redactores, correctores y receptionistas comencé a pensar en el poder real e independiente del contexto de la palabra «*cunt*». ⁸

La denominación del órgano genital femenino en su forma vulgar es efectivamente el insulto más fuerte del que dispone el idioma inglés. En los medios, *cunt* es incluso más impronunciable que *fuck*. Basta pensar en la controversia que desató la BBC en enero de 2005 al lanzar al éter las palabras «*cunting, cunting, cunting, cunting cunt*» —algo así como «coño rastrero»— como descripción del diablo en *Jerry Springer: la ópera*. Si ni siquiera el diablo quiere tener algo que ver con el genital femenino entonces es porque algo debe andar realmente mal con él. A la vez, la

antigua palabra inglesa «*cunt*» expresaba en su significado original de «lugar sagrado» el mayor elogio que podía hacerse; etimológicamente, «*cunt*» está emparentado estrechamente con «*queen*», «*kin*» y «*country*»: esto es, «reina», «clan» y «patria» o «país». Tras la conquista de Inglaterra por los normandos, «*cunt*» fue reemplazada oficialmente por el término latino «*vagina*» pero permaneció obstinadamente en uso en el idioma. El poeta y filósofo inglés del siglo XIV Geoffrey Chaucer la utilizó con varias grafías —«*queynte*», «*queinte*»— en sus *Cuentos de Canterbury*, y en Londres había una calle con el elocuente nombre de Gropecunt Alley donde las prostitutas esperaban a sus clientes. A comienzos del siglo XVIII el «lugar sagrado» fue proscrito: comenzaba el desfile triunfal definitivo de la vagina.

VAGINA

Además de su traducción literal como «vaina», «vagina» es la denominación más habitual y más aceptada del genital femenino en alemán. Como se ha dicho ya, sin embargo, «vagina» se refiere únicamente a la abertura corporal que une la vulva con los órganos genitales internos. De esa forma, toda la parte visible del genital femenino no sólo se hace invisible a través del idioma, sino que también pierde un significado independiente, es sólo un agujero en el que el hombre puede introducir su genital o, para continuar con la imagen, una vaina para su espada. Y precisamente de ahí proviene el término, ya que en anatomía era habitual utilizar analogías para dar nombre. El cirujano y anatomista italiano Matteo Realdo Colombo, que introdujo la palabra «vagina» en la medicina en 1599, justificó su elección en el tratado *De re anatomica* con la

descripción del órgano sexual femenino como «aquella parte en la que la pica es introducida como en una vaina».⁹ Esto es tanto más notable por cuanto el término «*labia minor*» —«labios menores»— también proviene de Colombo, por ejemplo. Es evidente, pues, que estaba completamente en condiciones de ver la vulva, de describirla, pero no de reconocerla. En su ceguera selectiva no estaba solo. Barbara Walker describe, en *The Woman's Encyclopedia of Myths and Secrets* [Enciclopedia del conocimiento secreto de las mujeres]:

Durante un proceso por brujería en el año 1593, el esbirro a cargo del examen (un hombre casado) descubrió evidentemente por primera vez un clítoris y lo identificó como una marca del diablo, prueba segura de la culpabilidad de la acusada. Era un «pequeño trozo de carne, sobresaliente, como si fuera una tetilla, de media pulgada de largo» que el ayudante del verdugo «vio a simple vista pero estaba escondido, puesto que se encontraba en un lugar muy secreto que era indecoroso mirar; sin embargo, finalmente, ya que no estaba dispuesto a callar una cosa tan rara», mostró la cosa a varios espectadores. Los espectadores no habían visto jamás algo así [*sic*].¹⁰

Esto es al menos sorprendente, ya que las actas de los interrogatorios «desagradables» y la confección de herramientas de tortura como la pera vaginal o la cuna de Judas¹¹ muestran que el interés en el genital convertido en tabú era enorme. Sin embargo, como formuló el médico y filósofo Ludwik Fleck en la década de 1930, existe un mecanismo según el cual sólo se puede percibir aquello que se permite que sea percibido: «En las ciencias naturales al

igual que en el arte y en la vida no existe ninguna fidelidad a la naturaleza que no sea fidelidad a la cultura.»¹²

Antes también de que en el siglo XVII anatomistas y médicos redujeran el genital femenino a la vagina, éstos no eran de ninguna manera más precisos con referencia al «área inefable». Las obras ginecológicas se caracterizaban por eufemismos vagos como *sinus pudoris* –«cueva de la vergüenza»– y confusiones terminológicas graves. «Vulva» era empleada facultativamente para referirse a la vulva, a la vagina o al útero, o para todo ello junto. Puesto que de todos modos la Iglesia opinaba que los órganos genitales femeninos sólo servían para la reproducción, el interés principal de los investigadores estaba en la matriz, donde las vaguedades eran igualmente evidentes. Así, había descripciones serias de acuerdo con las cuales el himen debía evitar que el pene penetrara en el útero.¹³

Debido a que el lenguaje es el sistema con el que nos orientamos en el mundo y evaluamos las cosas, la desaparición de denominaciones que expresen aprecio o sean simplemente precisas va siempre acompañada de la desaparición de un contexto positivo de aprecio, la refleja o prepara su llegada. Y puesto que los seres humanos se identifican tan fuertemente con sus órganos sexuales que en razón de ellos se diferencian incluso en dos grupos fundamentales –hombres y mujeres–, las expresiones acerca de los órganos sexuales deben ser leídas por norma general como declaraciones sobre la totalidad del sexo. El médico romano Claudius Galenus (129-199 d. C.), llamado Galeno, autoridad absoluta en el terreno de la enseñanza europea de la salud hasta el Renacimiento, explicó:

De igual modo que la humanidad es la más perfecta de las especies animales, así también el hombre es, den-

tro de la humanidad, más perfecto que la mujer [...]. La mujer es menos completa que el hombre en relación con las partes que asisten a la reproducción. [...] Naturalmente no debe creerse que nuestro hacedor habría creado deliberadamente a la mitad de toda la especie imperfecta, y, como es el caso, mutilada, de no existir alguna gran ventaja en una falta de completitud tal.¹⁴

Esta ventaja se hallaba, según Galeno, en la supuesta disposición natural de la mujer a someterse y a servir. La superioridad de los órganos sexuales masculinos era explicada por Galeno, basándose en Aristóteles, en la mayor temperatura corporal interna del hombre,¹⁵ un concepto que fue dado por bueno durante más de mil años y que podía encontrarse todavía, por ejemplo, en el compendio medieval *Secreta mulierum*, cuyo autor advierte que durante el acto sexual la mujer quitaría al hombre el calor –simbolizado por el semen caliente–, hasta el punto de que el hombre que tuviera demasiado sexo con mujeres se debilitaría y se volvería oligofrénico.¹⁶

A diferencia de su vehemente colega medieval Pseudo Alberto Magno, Galeno no veía a la mujer como una amenaza directa para el hombre, pero sí la consideraba débil, lisiada y, en sentido amplio, inhumana, ya que sólo el ardiente feto masculino estaba en condiciones de volver sus genitales hacia fuera y con ello convertirse en un ser humano completo, mientras que los órganos sexuales femeninos permanecían invertidos y poco desarrollados en el interior del cuerpo. Alberto Magno fue más allá en esta línea de pensamiento: «Si en este proceso se origina una niña, esto se debe a que ciertos factores han impedido la fijación del cuerpo, de allí que la mujer no sea en su naturaleza un ser humano sino un nacimiento fallido.»¹⁷

La concepción del sexo femenino como equivalente idéntico al del hombre sólo que dentro del cuerpo se mantuvo obstinadamente. Así, a mediados del siglo XVI Andreas Vesalius representó en su tratado *De humani corporis fabrica*, obra básica de la anatomía moderna, la totalidad de los órganos sexuales femeninos como un inmenso pene con la vulva como bellota. Y a la pregunta de por qué «la sabia naturaleza no ha plantado los testículos en el exterior de las mujeres de la misma manera en que lo ha hecho en los hombres»,¹⁸ el sucesor de Vesalius en la cátedra de anatomía en Padua, Prospero Borgarucci, daba una respuesta que relacionaba la fisonomía «de inferior calidad» de la mujer con su psicología, también «de escaso valor»:

A sabiendas de la inconstancia y de la soberbia de la mujer, y para contrarrestar así su permanente anhelo de dominio, la naturaleza dejó a la mujer de esta manera para que, cada vez que ésta piense en su presunta carencia, deba volverse por contra más pacífica, más sumisa y finalmente más pudorosa que cualquier otra criatura en el mundo. No debe suponerse ninguna otra razón para el hecho de que la naturaleza haya dejado las partes sexuales de la mujer en su interior más que su deseo de refrenar su arrogante exigencia.¹⁹

Aún entrado el siglo XVIII los ovarios eran descritos como «conducto espermático femenino». «Esto significa simplemente que una doctrina anticuada y arbitraria dictaba que el hombre era la norma de acuerdo con la cual debía orientarse la mujer, y su pene, la norma para sus genitales»,²⁰ resume Catherine Blackledge en su libro *Historia de*

DE HVMANI CORPORIS FABRICA LIBER V.
VIGESIMA SEPTIMA QVINTI
LIBRI FIGVRA.

PRÆSENS figura uterum à corpore exectum ea magnitudine refert, qua postremò Patauij dissectæ mulieris uterus nobis occurrit. atq; ut uteri circumscriptionem hic expressimus, ita etiam ipsius fundum per mediū dissecuimus, ut illius sinus in conspectum veniret, unā cum ambarum uteri tunicarū in non prægnantibus substantiæ crassitie.

- A, A, B, B Uteri fundi sinus.
C, D Linea quodāmodo instar suturæ, qua scortum donatur, in uteri fundi sinum leuiter protuberans.
E, E Interioris ac propriæ fundi uteri tunicæ crassities.
F, F Interioris fundi uteri portio, ex elatio uteri sede deorsum in fundi sinū protuberans.
G, G Fundi uteri orificium.
H, H Secundum exteriusq; fundi uteri inuolucrum, à peritonæo pronatum.
I, I et c. Membranarum à peritonæo pronatarum, & uterum continantium portionem utriusq; hic asseruauimus.
K Uteri ceruicis substantia hic quoque conspicitur, quod sectio qua uteri fundum diuisimus, inibi incipiebat.
L Utricæ ceruicis pars, uteri cœuicæ inserta, ac urinam in illam proiciens. Uteri colles, & si quid hic spectandum sit reliqui, etiam nullis apposis characteribus, nulli non patent.

¶ VIGE.



Andreas Vesalius, vagina humana, extraída de *De humani corporis fabrica* (1543)

la vagina. En rigor, deberíamos decir que el discurso occidental no está basado en la dualidad de los sexos sino en su unicidad, puesto que ha fijado un sexo, a saber el masculino, y únicamente ha construido el femenino en oposición a él. Con ello, la mujer era la portadora de la diferencia entre los sexos, la –poco valiosa– desviación de la norma y –puesto que un ser humano completo sin pene era inconcebible– la castrada.²¹

Ahora bien, la analogía «vagina igual a pene invertido» se ajustaba maravillosamente a una visión del mundo pero, a partir de algún punto, ya no a los conocimientos científicos. El resultado de esta divergencia no fue el cuestionamiento del patrón de pensamiento que le había dado origen, sino la creación de una nueva analogía, precisamente la del clítoris con un pequeño pene. Esta nueva analogía tenía su origen principalmente en el médico y botánico italiano Gabriello Fallopio, el «descubridor» de los conductos –las trompas de Fallopio– que desde entonces llevan su nombre.

Fallopio, que en 1561 había sido el primero en describir detalladamente el clítoris y en revelar mediante cortes anatómicos su estructura interna, contradijo a Galeno en aspectos centrales, pero adoptó su comparación entre el clítoris y el pene sin criticarla. Al menos eso fue lo que pensó él, ya que Galeno no había mencionado en absoluto el clítoris en sus obras. Sin embargo, como los textos médicos de la antigüedad eran traducidos primero del griego al latín, después del latín al árabe y finalmente del árabe una vez más al latín –y las denominaciones para el genital femenino eran todo menos inequívocas, como ya se ha dicho–, no sorprende que pudieran colarse errores de traducción. Por contra, es muy asombroso que este error no fuera descubierto hasta finales del siglo XX. La única seme-

janza entre el pene y el clítoris es que ambos se ponen erectos con la excitación sexual. Durante cuatrocientos años se pasó por alto de forma deliberada que la uretra pasa a través del pene, mientras que el clítoris no está perforado; tampoco la supuesta coincidencia en su forma es nada del otro mundo: lo que normalmente es percibido como el clítoris es sólo su corona o punta. Bajo la piel puede palparse el tallo, pero la mayor parte del clítoris se encuentra más profundo. Se trata de las así llamadas pier-nas, que tienen la forma de una «ípsilon» invertida y mi-den aproximadamente diez centímetros cada una.

La psicóloga Josephine Lowndes Sevely publicó en 1987 un estudio en el que demostraba que el clítoris no se corresponde en absoluto con el pene, y que, de todas formas, el hombre tiene un equivalente del clítoris, tanto en lo que hace a su forma como a su estructura. Se trata del *corpus spongiosum*: el cuerpo cavernoso. Lowndes escribió:

Los extremos de los clítoris masculino y femenino son las coronas de Lowndes, llamadas así por aquella que ha establecido la homología correcta siguiendo la tradición que nombra a las partes anatómicas de acuerdo con la persona que las ha descubierto. Todas las partes del cuerpo humano han sido caracterizadas y bautizadas por científicos hombres, a menudo con sus propios nombres. Por lo que sé, la corona de Lowndes será la primera parte de la anatomía humana que será nombrada en homenaje a una mujer.²²

¡De modo que los hombres también tienen un clítoris! Que un órgano tan importante para la experimentación del placer haya sido ignorado hasta ahora muestra

que el intento artificial de ver el genital femenino como una versión reducida del masculino no impide una visión realista del sexo femenino sino de ambos sexos.

VULVA

Naturalmente, todo esto no fue ni es aceptado en silencio; más aún, en la actualidad existe efectivamente la moda de la recuperación del genital propio. Inga Muscio escribió en 1998 su manifiesto *cunt: a declaration of independence* [coño, una declaración de independencia], que pasa de mano en mano en los grupos políticos de mujeres de universidades estadounidenses; la periodista Kirsten Anderberg utiliza Internet como foro para su *Online-vulva-museum* y, pese a todos los intentos de ridiculizar a los grupos de espéculo de la segunda ola del movimiento feminista, la ginecología *Do-it-yourself* también goza de prestigio en la tercera ola del feminismo. Charlotte Roche llegó al público mayoritario con su novela *Zonas húmedas*, en la que la protagonista inspeccionaba su vulva al detalle y reemplazaba denominaciones negativas como labios mayores y menores [*Schamlippe* en alemán, literalmente, «labios de la vergüenza»] por «medias lunas» y «crestas de gallo». Desde la publicación del libro en febrero de 2008, Roche recorre las tertulias televisivas y explica que ha escrito su libro contra la manía de la higiene íntima, que implica que la vulva es algo sucio; al hacerlo, se ve claramente más segura que las moderadoras con las que conversa, que no saben siquiera hacia dónde mirar.

Igual de famosos, si no incluso de efectos más amplios, fueron los *Monólogos de la vagina*, de Eve Ensler. La

pieza teatral, aparecida como libro en 1998, fue saludada como una Biblia para una nueva generación de mujeres: «un viaje conmovedor e hilarantemente cómico a la última frontera, a la zona devenida tabú».²³ La autora había preguntado por sus genitales a doscientas mujeres y había resumido los resultados de las entrevistas de forma ligeramente literaria. Ensler escribe:

Esta pieza teatral nació porque yo comencé a preocuparme por la vagina. [...] Me preocupaba por lo que pensamos de las vaginas, pero mucho más me preocupaba que no reflexionáramos sobre ellas. Aunque también me preocupaba mi propia vagina: necesitaba la compañía de otras vaginas, una comunidad, una cultura de vaginas. Están rodeadas de tanta oscuridad y secreteo como el triángulo de las Bermudas: tampoco de allí regresa nadie. [...] En un primer momento, a las mujeres les repugnaba hablar de ello. Eran bastante tímidas, pero, cuando comenzaban, ya no se las podía detener más. Secretamente, las mujeres aman hablar de su vagina. Pueden entusiasmarse realmente, especialmente porque nadie se había interesado antes por ellas.²⁴

Aunque un poco exagerado, el enorme eco de los *Monólogos de la vagina* demostró que Ensler, sin ser tampoco la primera, servía a una necesidad vital. Los monólogos fueron traducidos a incontables idiomas y representados en escenarios de todo el mundo, y su autora fue colmada de premios. Las estrellas se daban codazos por obtener un papel en la obra, en famosas series televisivas los personajes compraban entradas para la representación e incluso se informó sobre ello en las noticias, en parte como sátira de la realidad, sin mencionar siquiera una vez la palabra que

empieza por «v», como en una emisión especial de CNN de diez minutos de duración.

La psicoanalista Harriet Lerner fue al teatro con las mayores expectativas:

Sin embargo, al ver los *Monólogos de la vagina* con mi marido Steve en Nueva York sentí como si cayera en la madriguera del conejo de *Alicia en el País de las Maravillas*. Había allí una pieza teatral cuyo objetivo era restituir el orgullo por los genitales femeninos –incluido el orgullo de su correcta denominación– y, sin embargo, no podía representar la realidad genital de forma menos precisa.

Para mi sorpresa, hombres y mujeres presenciaban la pieza y fingían que todo estaba en su lugar, como si los genitales femeninos no fueran mal nombrados continuamente o como si esto no tuviera importancia.²⁵

El problema era que, siguiendo la tradición médica desde el siglo XVII, Ensler había reducido el genital femenino –al menos lingüísticamente– a un tubo flexible de membrana mucosa. Lerner explica:

Aunque algunas de las historias en la obra trataban realmente de la vagina, por regla general era necesario reemplazar «vagina» por «vulva» para que tuvieran sentido pese a todo [...]. «¿Existe una masiva y repentina amnesia feminista en relación con la diferencia entre la vulva y la vagina?», caviló mi muy querida amiga Emily Kofron, «dudo que los hombres toleraran una supuesta celebración de su sexualidad en la que se confundiesen los testículos con el pene.»²⁶